

TÍTULO: RISAS Y LÁGRIMAS CON AZÚCAR

PSEUDÓNIMO: VALLE

En la primavera de 1917 nace Valle en Écija, Sevilla, en el seno de una familia humilde. Encarnación y Juan, sus padres un matrimonio sin más aspiraciones que levantarse cada día a las 5 de la mañana para hacerse cargo de su hermano Juanito que cuenta con tan solo 2 años de edad, de ella, de las labores de la hacienda "La Oliva" y cuando cuenta con 7 años, de la llegada de su hermano Luís, el menor de los hermanos.

Nacen y viven en la hacienda "La Oliva" propiedad de Doña María Teresa y D. Jaime de Altamira. Ambos descendientes de una de las familias más adineradas y pudientes de Badajoz, primos hermanos, un matrimonio convenido entre ambas familias. Los padres de Valle trabajan para los Altamira y allí crían a Valle junto a sus dos hermanos. En "la Oliva" se hacían los mejores aceites de TODA Andalucía que eran exportados por toda España. Encarnación se ocupaba de las labores de limpieza y de la cocina, elaboraba succulentos menús y deliciosos postres que eran admirables a menudo por los distinguidos invitados de Dña. María Teresa y Don Jaime a "La Oliva". Mientras tanto Antonio se encargaba cada día del trabajo en los olivos, ambos apenas sabían leer ni escribir y su única aspiración era que Valle aprendiese las faenas domésticas y de la cocina para poder ayudar cuanto antes a su madre en "La Oliva", y en cuanto a Juanito y Luís deberían muy pronto ayudar a su padre en el campo.

Valle crecía en un entorno moderadamente feliz con más apreturas que excesos pero sin grandes frustraciones. Acudía cada día a una rudimentaria escuela, allí aprendió a leer y escribir, la Tabla de multiplicar y los ríos de España. Después de las clases solía jugar por las tardes en la plaza de Santa Cruz, allí compartía juegos, risas y dulces meriendas con sus amigos, Manuela, José y Rafael. Compraban grandes algodones de azúcar y almendras garrapiñadas en el pueblo ambulante de D. Jerónimo que compartían apretujados en un banco de madera. En alguna ocasión partían apretujados en un banco de madera. En alguna ocasión iban a la pastelería "El Ecijano" regentada por la madre de Manuela, situada en una esquina de la plaza, allí eran invitados por

ella a merendar enormes yemas de un color amarillo reluciente y cubiertas de azúcar glas que parecía haber nevado en sus escaparates.

Cada sábado ayudaba a su madre en la cocina de "La Oliva", contemplaba sin apenas ser vista a las señoras más refinadas y a sus maridos en las cenas y reuniones que se celebraban en el opulento salón de la hacienda.

Sus días transcurrían entre esos dos mundos, casi ajena a la incongruencia que entre ambos existía. Muy pronto su madre empezó a darse cuenta de la habilidad que tenía Valle con tan solo nueve años para la repostería. A sus 17 años recibía encargos de tortas, pasteles, galletas y todo tipo de dulces deliciosos para familias pudientes y aristócratas.

Ayudaba algunos días a Doña Manuela en "El Ecijano", vestía sus escaparates con suculentas yemas, tartas, galletas, y en verano con deliciosos y coloridos helados.

Valle era feliz entre azúcar, colores, masas y harinas en su día a día. A finales de 1936, una tarde en "El Ecijano" entró un apuesto caballero, alto, grandes ojos azules, traje elegante, manos finas, uñas pulcras. Hablaba Castellano con un acento extranjero que en ocasiones Valle apenas le entendía. - Buenos días señorita, me llamo Tom Johnson y busco la hacienda "La Oliva". Valle le miró fijamente, se estremeció, quizás por la casualidad que buscase la hacienda donde ella vivía, donde había nacido, crecido, donde vivían y trabajaban sus padres y donde habían crecido y nacido sus hermanos o quizás le estremeció su profunda mirada, su elegancia, su maduro aspecto, no se parecía en nada a los muchachos con los que había crecido y lidiado hasta entonces. Valle le dio las indicaciones para llegar a "La Oliva" sin más detalles. Ese día al llegar a casa su madre le pidió ayuda en la cocina ya que acudiría esa noche a cenar un distinguido caballero inglés para negociar con los Altamira la exportación de sus aceites a Inglaterra. Valle mostró nerviosismo por lo que acababa de decir su madre. - ¿Un caballero inglés? – Si, un tal... Míster Johnson. Valle no respondió, por algún motivo desconocido para ella en ese momento no le contó a su madre que esa tarde había conocido a Míster Johnson.

A partir de esa noche iniciaron un romance que se intensificaba y fortalecía con el paso de los días. A final de año Tom vuelve a Inglaterra y tras su regreso a Écija le pide a Valle que se vaya con él a vivir a Madrid. Tras tres años de amor, de idas y venidas a Inglaterra acuerdan trasladarse a Madrid. En Abril de 1940 Valle le da a sus padre la noticia de que se marcha a Madrid a vivir con Tom. En los últimos días antes de marcharse sus padres apenas le hablaban,

habían tenido la esperanza de que en uno de sus viajes a Inglaterra no volvería y Valle lo olvidaría y conocería a algún buen muchacho de Écija.

Encarnación le repetía una y otra vez que sería una desgraciada, que era un hombre muy mayor para ella, que sus intenciones no eran buenas y que le haría derramar muchas lágrimas.

No podía escuchar los consejos de su madre, era tarde, estaba ciega y locamente enamorada. Valle pasó sus últimas tardes antes de marcharse a Madrid con su amiga Manuela, su amiga, su confidente y aunque disgustada por la actitud de su madre, Valle estaba feliz. En la noche del 12 de abril a las 12 de la noche salió a las calles de Écija en compañía de Manuela, al paso del Cristo del Silencio, descalza, con los pies encadenados, vestida con una larga túnica negra que le cubría todo su cuerpo y con su rostro tapado, nadie podría saber quién iba debajo de esa túnica negra excepto Manuela y su adorado Cristo. A su paso sintió nostalgia de una vida, de una familia, de unos amigos de una Écija que aún no había dejado. Rogó con todas sus fuerzas a su Cristo del Silencio que la salvase de todos los males de los que le había advertido su madre. El 02 de Mayo Valle llega a Madrid de la mano de Tom, pronto empezó a conocer otra forma de vida, a convivir con un hombre a acudir a locales sofisticados, a sitios de moda al real cinema, al teatro Fontalba, al cabaret del palacio de hielo, a vivir en un Madrid bullicioso. Tom le compraba las mejores cremas, joyas, perfumes, y Valle muy pronto empezó a lucir elegantes vestidos, sombreros, zapatos y bolsos de piel de las mejores firmas. Vivían en un lujoso piso situado en la calle Zarzuela donde se reunían con compatriotas de Tom que competían en carreras y sus mujeres en elegancia, donde pudo ver en algunas ocasiones a Alfonso XIII en el palco Real y donde se respiraba un ambiente hostil en algunos círculos por el inminente nombramiento de Serrano Suñer como ministro de asuntos exteriores. Cada Domingo desayunaban en Embassy y daban largos paseos por el retiro. Valle era inmensamente feliz en su nueva vida en Madrid. Una fría y lluviosa mañana de enero Tom amaneció con fiebre altas, tenía el cuerpo dolorido, había pasado la noche entera con tos y escalofríos. Valle llamó a Samuel Link, un médico compatriota y amigo de Tom residente en Madrid. Samuel le examinó, le recomendó reposo y algunos analgésicos. Tom tuvo una rápida recuperación y a la semana siguiente como de costumbre partió a Inglaterra. Regresó un mes más tarde notablemente más delgado, ojeroso y con una tos que le dejaba sin aire y con fiebre que iban y venían durante la noche. El 04 de marzo Samuel le diagnostica una tuberculosis y prepara su hospitalización en el hospital Gregorio Marañón. Dos días después confirman el diagnóstico, tuberculosis en estado avanzado.

Valle no se separó de Tom ni un momento, durante una semana estuvo a su lado día y noche. El domingo Tom amaneció con aspecto bastante mejorado, había cesado la fiebre y Valle aprovechó para ir a casa a recoger algunas cosas. Miró a Tom, suspiró con alivio, acarició su cara, besó sus manos y su frente, le besó en los labios y le dijo: - Te quiero, volveré pronto. Se marchó sin saber que esa sería la última vez que vería a Tom.

Mientras metía algunas cosas para Tom en un pequeño bolso, sonó el timbre, era Samuel; - ¿Samuel? ¿Qué haces aquí? - ¿Puedo pasar? – Claro, pasa. – Valle, se trata de Tom. - ¿De Tom? - ¿Qué ocurre?

Samuel estaba serio, de pie sin poder mirar a Valle a los ojos. – Valle, no tengo mucho tiempo, siempre supe que antes o después tendrías que pasar por esto pero nunca imaginé ni siquiera estar presente cuando ocurriera. El corazón de Valle se aceleraba, empezó a sentir escalofríos, tuvo que sentarse. – Lo siento Valle, Tom tiene familia y van de camino al hospital, acaban de llegar de Inglaterra. - ¿Familia? ¿A quién te refieres? – Esposa e hijos, lo lamento, sé que Tom te ama y por eso no ha tenido el valor para decirte la verdad y ha estado entre España e Inglaterra durante estos años porque no podía dejarte. Sin más palabras Tom pasó una mano por su hombro y se marchó. Valle permaneció durante horas sentada con la mirada perdida, petrificada sin poder reaccionar, con las palabras de Samuel retumbando en su cabeza. De pronto rompió a llorar desconsoladamente, durante la noche preparó una maleta con tan solo sus cosas personales y las 5 de la mañana cogió un taxi a la estación de tren. A las 8:15 salía un tren para Sevilla. Cuando llegó apenas había algún jornalero y algún empleado de la estación. Alrededor de las 7:00 empezaron a llegar algunas familias que viajaban a Sevilla. Apenas podía levantar la cabeza y contener las lágrimas. Pasó un tren, Valle observó la rapidez con que desapareció. Valle se puso en pie, se acercó lentamente a los raíles, pensó que rápido acabaría si se pusiese delante de aquel tren. Sintió alivio al pensarlo, al saber que en unos minutos su dolor había acabado. En ese momento para ella ya era tarde para regresar, tarde para escuchar a su madre, era tarde pero había encontrado una solución y un alivio para su dolor. Minutos antes si hubiese estado delante de aquel tren ya todo habría acabado pero aún tendría que aguantar algunos minutos más de dolor. Se acercaba el siguiente tren, Valle comenzó a andar hacia los raíles, el ruido era cada vez más fuerte, su alivio aumentaba con el paso de los segundos, miró al frente vio a aquel niño con su cara llena de azúcar y una enorme yema en su mano sintió un fuerte estruendo en los tímpanos, su cuerpo se estremeció, silencio, paz, dejó de sentir, dejó de pensar.

13 de Abril de 1941, 12:00 de la noche, recorre las calles de Écija, en silencio, con sus pies descalzos, encadenados, tan solo se escucha el roce de las cadenas en la calzada, de la mano de José, olor a incienso, se siente salvada, viva feliz.

En mi Écija, olor a aceitar, olor a azúcar, olor a jazmín, mi gente, José, Rafael, Manuela, mi santísimo Cristo del Silencio o quizás por esa carita espolvoreada de azúcar que se puso delante de mí en aquel momento que quedará para siempre en secreto entre vosotros y yo.